

En un pequeño pueblo costero, cada amanecer traía consigo una brisa salada que mezclaba aromas de pan recién horneado y mar. Los niños corrían por la playa, recogiendo conchas mientras las gaviotas danzaban sobre las olas. Entre callejones empedrados y casas pintadas de colores vivos, los vecinos compartían historias antiguas. Cada tarde, el sol se escondía lentamente tras el horizonte, dejando un cielo pintado de tonos naranjas y púrpuras que invitaba a soñar.